

„lo, antes de ser degollados sobre la piedra. Esta vista nos heló de
„espanto; pero como en aquellos momentos teníamos que defender
„nuestras propias vidas, pues el enemigo nos acosaba con un furor
„tal que no puede describirse, solo á la proteccion divina debimos
„nuestra llegada á los cuarteles.”

La division Sandoval no esperiméntó menos resistencia. Sus pér-
didas fueron tambien grandes, pero menores que las otras dos. Lue-
go que hubo tomado sus antiguas posiciones para su seguridad,
Sandoval montó á caballo y fué al campamento de Cortés: „Hijo
„mio, le dijo el general, con las lágrimas en los ojos; mis pecados
„son la causa de mi desgracia, pero la falta ha estado en el tesore-
„ro Alderete, que ha descuidado la ejecucion de llenar los fosos á
„medida que íbamos avanzando.” Oido esto por Alderete, protestó
que jamás Cortés le habia dado semejante órden, acusándolo á su
vez por la imprudencia de haber avanzado sin asegurar antes la re-
tirada. Estas acusaciones no pasaron adelante; la política las con-
denó al silencio, pero Cortés no fué menos censurado de todo el ejér-
cito. Esta derrota, en la que sesenta españoles fueron muertos ó
prisioneros, y mil aliados quedaron en el campo de batalla, en que
se perdieron algunos caballos, canoas, armas y un cañon, alentó el
espíritu de los mexicanos y desmoralizó las tropas de Cortés, espe-
cialmente á la inmensa multitud de sus aliados (1).

(1) He aquí como se espresa el indiano Ixtlilxochitl en la relacion de la
conquista, cuando se ocupa de narrar los hechos de esta memorable jornada.
Hay ciertos detalles que prueban hasta la evidencia la parte activa que to-
maron en esta guerra los aliados de Cortés. „Llegado el día, dividió Cortés
„su ejército en tres cuerpos. El de Alderete, el tesorero, se componia de se-
„senta españoles, ocho caballos y veinte mil acolhuas. Estaba encargado
„de derribar las casas y cegar los fosos. Alvarado tenía á sus órdenes ochenta
„españoles, doce mil aliados y una batería de dos piezas. Cortés con cien
„españoles y ocho mil indios, mandados por Ixtlilxochitl, debia avanzar por
„el camino principal. La ventaja fué grande al principio: se mataron mu-
„chos mexicanos, se apoderaron de muchos barrios hasta la gran plaza, á
„nadie se daba cuartel, si bien creyeron que en aquel día sería tomado Mé-
„xico. El cuerpo ó division del Tesorero avanzó hasta Tlatelolco; pero co-
„metió la falta de abandonar un puente sin haber antes rellenado el canal ó
„foso. Cortés atravesó este mal paso mientras los indios de Ixtlilxochitl cu-
„brian su marcha; pero muy pronto cambió la suerte. El Tesorero cayó en
„una emboscada, en la que una gran porcion de los suyos hallaron la muer-
„te. Le cogieron el estandarte real y cuarenta españoles. Esta derrota de-
„terminó á Cortés á emprender la retirada, viéndose obligado á pasar el ca-
„nal á nado. En este momento un gefe mexicano que lo habia alcanzado,
„se preparaba á cortarle la cabeza; pero Ixtlilxochitl se interpuso, y con su
„buena espada dividió en dos al mexicano. Este hecho de armas fué falsa-
„mente atribuido á un español, y así se vé representado en un bajo relieve
„de la puerta de la iglesia de S. Jaime Tlatelolco. Cuando hacia este buen
„servicio á Cortés, el príncipe de Tezcoco recibió una pedrada en la oreja
„izquierda que casi le rompió la cabeza, cogió un puñado de tierra y la in-
„trodujo en la herida, despues se desnudó, y teniendo en una mano el escu-

La noticia se divulgó en toda aquella parte del Anáhuac mas
próxima á México, por emisarios de Cuauhtemotzin; portadores de
varias cabezas de españoles; como testimonios de la victoria, anun-
ciando que los dioses satisfechos con la sangre de los prisioneros
inmolados, habian prometido que todos los españoles serian ester-
minados á los ocho dias. Esta profesia halló creyentes entre los su-
persticiosos indios. Los que se habian manifestado neutrales se pre-
pararon á combatir por México. Algunos tlascaltecas desertaron,
pero la mayor parte de ellos y los gefes permanecieron fieles, y el
príncipe de Tezcoco quedó el amigo mas decidido de los desgracia-
dos españoles: lo mismo sucedió con los valientes é indomables
otomíes.

Combates de los bergantines: ofertas al emperador de México: expediciones contra Malinalco y Matlatzincó: memorable hecho del general Chichimecattl. Mientras tanto transcurrían los ocho dias señalados por el oráculo, Cortés determinó que los bergantines no cesasen de zurcar las aguas del lago, para impedir que los mexica-
nos introdujesen víveres en la ciudad; pero conociendo ellos la su-
perioridad de los buques y de las armas enemigas, mandaron fabricar treinta barcas, cubiertas de gruesos tablados, para poder soste-
nerse en ellas sin el riesgo de que se fueran á pique. En seguida clavaron gruesas estacas en los cañaverales que habia entre los huertos flotantes, donde determinaron hacer una emboscada á los buques españoles; y cuando todo estaba dispuesto de la manera que lo habian concebido, salieron tres pequeñas barcas á provocar los bergantines que se hallaban costeano el lago. Los españoles hicieron vela hácia ellas, y cuando mas empeñados estaban en darle caza, sus buques tropezaron con las estacas y se vieron en muy grande peligro; pero gracias al vivo fuego de los mosquetes que entretenian á los enemigos, lograron ponerlos en vergonzosa fuga sin experimentar la menor pérdida. Deseando Cortés pagarle en la misma moneda su hábil extratagemá, dispuso otra emboscada con seis de sus bergantines, los cuales echaron á pique multitud de barcas

„do y en la otra su maza, se batió cuerpo á cuerpo con otro gefe mexicano. Durante esta nueva lucha, una flecha le atravesó el brazo derecho, lo que no le impidió medir todavía sus fuerzas con las de un general enemigo que lo habia desafiado, á quien dejó muerto de un solo golpe. Despues de esta tercera victoria, se reconoció incapaz de resistir por mas tiempo al dolor que le causaba la flecha clavada en el brazo, y haciendo un grande esfuerzo de valor se la arrancó. Sus soldados le curaron la herida aplicándole ciertos medicamentos que lo restablecieron en poco tiempo. En seguida fué á unir-
se á Cortés y ambos vigorosamente perseguidos por el enemigo, apenas tuvieron lugar de ganar su campo.” ¿No parece esta relacion una página de los antiguos romances caballerescos, ó alguna historia de los héroes scandinavos de la edad media? Este relato de Ixtlilxochitl da sobre la conquista de México, detalles que no se encuentran ni en las cartas de Cortés, ni en Gomara, ni en Clavigero, ni en Solís.

é hicieron pedazos otras. La mayor parte de los mexicanos perecieron, muchos fueron hechos prisioneros, entre los cuales se encontraban algunos principales señores de la ciudad.

Estos nobles sirvieron á Cortés para proponer al rey de México la rendicion de esta ciudad, haciéndole presente que sus vasallos lo habian abandonado, que se encontraban sin viveres en una plaza sitiada por todas partes, y que los dioses le habian retirado la proteccion que dispensaban á sus habitantes en otros dias. Pero el jóven monarca, alentado por la opinion de los ministros de su religion, nada contestó á los enviados que se le presentaron, y antes bien se dispuso á proseguir las hostilidades con el mismo ardimiento que en las anteriores semanas. Cortés perdió desde entónces toda esperanza de conseguir una capitulacion sin derramamiento de sangre.

Viéndose atacados los otomíes por los habitantes de Malinalco, pidieron auxilio á Cortés contra estos terribles enemigos, y á pesar de la crítica situacion en que se hallaba el ejército castellano, destacó inmediatamente á Tápla con doscientos hombres de infantería, y este capitán marchó á castigar á aquellos belicosos montañeses. Los habitantes de Matlatzínco, lugar situado en el valle de Toluca, imitaron el ejemplo de sus vecinos; pero Gonzalo de Sandoval los derrotó á la cabeza de un centenar de españoles y de algunos millares de indios. Estas naciones vencidas pidieron la paz, y habiendo ofrecido unirse á Cortés, este general aceptó sus servicios con muestras de la mayor complacencia.

Entre todos los aliados que militaban bajo las banderas españolas, ninguno dió pruebas de tanto valor y osadía durante esta campaña, como el franco y virtuoso guerrero de la república de Tlascalá. El historiador Clavigero nos refiere entre otros hechos, el que hizo memorable el nombre del general Chichimecatl. Dice este autor: „Mientras Sandoval empleaba su acero y su pericia militar „contra los matlatzínques, el tlascalés Chichimecatl dió una nueva „prueba de su arrojo. Este famoso general, viendo que despues de „la derrota, los españoles se mantenian en la defensiva, determinó „hacer una entrada en México, solo con sus tascalenses. Salió pues „del campamento de Alvarado, donde habia permanecido desde el „principio de la série, acompañando á los españoles en todos sus „combates, y ostentando en todas ocasiones su intrepidez. Pasó „en aquella expedicion muchos fosos, y dejando en el mas importante y arriesgado una guarnicion de cuatrocientos flecheros, para „que le asegurasen la retirada, entró con el grueso de las tropas en „la capital, donde tuvo un terrible encuentro con los mexicanos, en „que fueron muertos y heridos muchos de una y otra parte. Li- „sonjéábanse los enemigos con la esperanza de dar un golpe terri- „ble á los tascalenses, en el paso del foso, por lo que le siguieron el „alcance cuando vieron que se retiraron, pero con el auxilio de los

„flecheros pudo Chichimecatl burlarse de sus esfuerzos, y volver „lleno de gloria á su campo.”

Estado deplorable de los mexicanos: último ataque y toma de la ciudad. Cortés no emprendió la ofensiva hasta que hubo trascurrido el tiempo profetizado por los oráculos mexicanos para la destruccion de su ejército. Esta inaccion política tuvo por resultado el desmentir la impostura de los sacerdotes aztecas ante los ojos de todos los pueblos del Anáhuac, los cuales despues de haber dudado algunos momentos acerca de la fortuna del general, volvieron á colocarse en tropel bajo sus invencibles banderas. Desde entónces no contó el emperador azteca con un solo aliado en la ciudad de México.

Instruido por la experiencia y cediendo á los consejos del gefe de Tezcoco, hombre sábio y prudente, Cortés juzgó conveniente dar otra direccion á su sistema de ataque. Ya no procedió sino por masas con grande lentitud, quemando ó arruinando las casas, y llenando los fosos á medida que avanzaba. Obligados los mexicanos á replegarse defendiéndose con ardor, veian cada dia una parte de su ciudad caer en poder del vencedor, que ya no comedia faltas ni aventuraba cosa alguna, no empeñándose tampoco sino con atinada circunspeccion, y estableciéndose en el terreno conquistado de manera á no ser desalojado de él. Los españoles no se contentaban con sus propias armas; pues empleaban tambien y se servian de las que los indios sacaban buen partido, y eran aquellas largas lanzas que les permitian, cerrando las filas, alcanzar al enemigo sin peligro. Todos los dias se batian, y todos los dias torrentes de sangre mexicana enrojecian la tierra. El hambre, mas terrible todavía que las espadas españolas, hacia experimentar todos los horrores á los sitiados: morian de ellos á millares, y las enfermedades contagiosas, otra de las calamidades de la guerra, los diezaban tambien; y sin embargo de esto, los aztecas rechazaban con desprecio las proposiciones de paz que Cortés hacia preceder á todos sus ataques.

Los españoles avanzando siempre con igual ardimiento, penetraron con sus tres divisiones hasta la grande plaza, centro de la ciudad. Ya entonces estaba en su poder el templo del dios de la guerra. Cortés subió á la plataforma de este elevado edificio, y contempló desde su culminante punto la estension de su conquista y los progresos del sitio. Vió que de ocho cuarteles en que se dividia la ciudad, solo faltaba uno que cayera bajo el brazo destructor de sus tropas. En seguida incendió el templo de los falsos dioses, é hizo nuevas intimaciones á los sitiados, quienes por toda respuesta le contestaron que habian jurado sepultarse dentro las ruinas. Únicamente faltaba poner en ejecucion el terrible decreto de la Providencia, contra unos hombres que nada bastaba á humillarlos, que rechazaban como un ultraje la clemencia del vencedor, y llevarán

el delirio y la barbarie hasta sacrificar á sus dioses, los indios enviados como embajadores para tratar de paz (1).

Se dió la orden para atacar todos los puntos sobre los canales, en los lagos, en las calles y en las murallas. En pocas horas fueron muertos ó prisioneros cuarenta mil hombres, y quince mil desgraciados que se presentaban para entregarse, fueron desapiadadamente degollados por los indios vencedores. Partian los corazones los penetrantes gritos de estas pobres víctimas. Los tlascaltecas y demás naciones enemigas de los aztecas, vengaban en ellos dos siglos de ultrajes y dominación. En vano Cortés y sus españoles, el gefe de Tezcoco y sus soldados, procuraron detener esta horrosa carnicería, la cual no cesó hasta entrada la noche. Dejaron para el siguiente día la ocupación del resto de la plaza, y en la última escena de este sangriento drama, los mexicanos esperaban la muerte tristes y abatidos en las azoteas y terrados de las casas. Los viejos, los niños y las mugeres lloraban. Algunos nobles guerreros se defendían aun desde las plataformas de los palacios y los altos pisos, desde los cuales se precipitaban al lago antes que rendirse; otros, huyendo de la muerte, se habían reunido al monarca, cuya real persona se hallaba rodeada de su familia y de algunos oficiales de su corte.

Sus vasallos lo determinaron á emprender la fuga con la régia comitiva, sirviéndose de canoas reservadas en una pequeña cala del lago hácia el lado de Tlatelolco, y para disimular una huida tan difícil como ésta, intentaron distraer á Cortés por medio de un simulacro de negociaciones, pero era demasiado grosera semejante estratagema para engañar el ojo avizor del antiguo guerrero. Previendo éste el movimiento de la intentada fuga, había ordenado á Gonzalo de Sandoval, comandante de los bergantines, que bloquease aquel pequeño embarcadero sin permitir la salida á ninguna canoa; pero á pesar de la vigilancia de aquel, algunos ligeros barcos habían conseguido evadirse; mas como Sandoval los apercebiese, escurriéndose rápidamente sobre las aguas del lago, procurando ganar tierra á la parte opuesta, los hizo perseguir por García Holguín, uno de sus capitanes, siendo tal la actividad de este último, que en menos de una hora se acercó á tiro de fusil de los barquichuelos enemigos. Un prisionero mexicano le señaló la canoa real, que al instante fué estrechada y envuelta por los bergantines españoles. Los remeros se detuvieron entónces, y el rey que ya había abrazado su escudo y puesto mano á su lanza para batirse, al ver que los

(1) Entre estos últimos había un tío del rey de Tezcoco al servicio de los mexicanos, que habían cogido los españoles en los últimos combates. Cortés le encargó fuese á tratar la paz. El desgraciado lo rehusó al principio, pero al fin fué allá á instancias de su sobrino. Los guardias lo dejaron penetrar hasta presentarse al rey; pero apenas espuso el objeto de su misión, fué preso é inmolado con grande ceremonia.

españoles le apuntaban, dió orden á los suyos de no oponer resistencia. Holguín saltó al barco con espada en mano, y al momento salió á su encuentro un jóven de alta estatura y aire noble, que le dijo con dignidad: „Soy Cuauhtemotzin, soberano del Anáhuac: „la suerte me ha sido ingrata, á tí me rindo: no insultes á la reina „ni á mis hijos, ni derrames la sangre de mis súbditos, puesto que „ya nada puedes temer de ellos.” Cuando fué presentado á Cortés el ilustre prisionero con su familia y comitiva, no demostró la ferocidad sombría de un bárbaro, ni el triste abatimiento de un cobarde. El español por su parte le recibió con todas las atenciones debidas á su alto aunque desgraciado rango: „General, le dijo el „monarca mexicano: he hecho por mi defensa y la de mis vasallos „cuanto me prescribía el honor de mi corona y el deber de rey: mis „dioses me han sido contrarios, soy tu prisionero, haz de mí lo que „quieras;” y poniendo en aquel mismo instante la mano sobre el puñal de Cortés, añadió: „hiéreme; toma una vida que siento no haber podido perder en defensa de mis estados.”

Obedeciendo los mexicanos las órdenes de su rey, desde aquel momento dejaron de batirse contra sus enemigos. En seguida salieron de la ciudad sin armas ni bagages, y fué maravilloso ver el inmenso número de habitantes que se hallaba todavía dentro de la capital, despues de un sitio tan largo y mortífero como el que acababa de sufrir. Durante tres dias cubrieron los caminos inmediatos, diseminándose luego por todos los puntos del imperio, hasta las poblaciones mas lejanas, y que tenían como ellos las mismas costumbres, religion y hábitos. Sin embargo, algunos miles de aquellos desgraciados fueron detenidos por los vencedores, y se los repartieron en seguida como género de mercancías. Cortés hizo marcar un gran número de ellos con un hierro ardiendo, los cuales conservó para desembarazar la ciudad de los escombros. Bernal Diaz compara en aquella época el estado de México, al de Jerusalem despues del sitio. Apenas habia en pie una décima parte de la ciudad: el resto solo presentaba un dilatado monton de ruinas cubiertas de cadáveres, un vasto cementerio, cuya insoportable fetidez ahuyentaba á vencedores y vencidos. Perecieron durante los setenta y cinco dias de sitio (las pinturas mexicanas dicen ochenta), cien españoles muertos sobre el campo de batalla, ó sacrificados en el gran templo; tambien murieron muchos millares de auxiliares, y segun Bernal Diaz del Castillo, de acuerdo en esta parte con las relaciones de los indígenas, ciento cincuenta mil mexicanos ó aztecas, cuya tercera parte sucumbió á la miseria del hambre y enfermedades.

Reflexiones que hace Prescott sobre los sucesos de la conquista de México. Mucho se ha hablado y escrito acerca de este ruidoso acontecimiento del siglo diez y seis, en que un puñado de aventureros sometieron en pocos dias el temido y bien cimentado imperio

de los mexicanos; pero creyendo nosotros imparcial la opinion que ha emitido el ilustre historiador Prescott, transcribimos las reflexiones con que concluye el capítulo octavo del libro sexto de su obra, *Historia de la conquista de México*: „De esta suerte, despues de un cerco de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor de los sitiados, y al que poco aventajan por lo que hace á lo terrible de sus padecimientos, sucumbió la celebrada capital del imperio azteca. Sin igual por la constancia y el valor, se ha dicho con verdad; porque aunque durante todo el sitio tuvieron abierta la puerta para celebrar la mas honrosa capitulacion, siempre la desecharon altivamente, y hasta el último hombre prefirió la muerte mas bien que rendirse. Mas de tres centurias habian pasado desde que los aztecas, tribu errante y miserable habia venido del lejano septentrion y habia asentado en la mesa central. Allí edificaron sus humildes chozas, segun nos refiere la tradicion, en el sitio designado por el oráculo. A fuerza de conquistas arrojaron á sus vecinos, cubrieron todo el valle, hasta que salvando las montañas que lo ciñen, se esparcieron por toda la extension de la mesa, bajaron su encumbrada falda y llegaron hasta los remotos confines de la América Central. Su capital, oscura y miserable al principio, prosperaba al paso de la victoria, y ensanchándose y embelleciéndose cada día mas y mas, llegó á ser una ciudad floreciente, llena de edificios notables, de monumentos de las bellas artes, y ocupada por populosos habitantes que la elevaron al lugar preeminente entre las demás del Nuevo Mundo. ¡En tal situacion llega del lejano Oriente una raza nueva, tan estraña como los mismos aztecas y predicha por sus oráculos; aparece en el centro del imperio: lo ataca cuando estaba en el apogeo de su prosperidad y de su gloria, y lo hace desaparecer para siempre del número de las naciones! Tales maravillas parecen mas bien pertenecer á la fábula que á la historia; parece que son una novela, un cuento de hechiceros y encantadores!

„Mas no lamentemos la caída de un imperio que tan poco hacia en pro de sus súbditos y de toda la humanidad. No obstante el lustre de los últimos tiempos de su historia, y la fama que les han ganado la gloriosa defensa de su capital, la culta munificencia de Moctezuma y el indómito heroismo de Cnauhtemótzin, los aztecas eran una raza feroz y brutal, poco á propósito para excitar nuestras simpatías y respeto. Su civilizacion, la que le hemos conocido, acaso no era suya propia, sino débil reflejo de la de otra raza que les habia precedido. Esta civilizacion era con respecto á los aztecas, un buen ingerto en mal tronco, y nunca habria dado frutos perfectos. Gobernaban sus estensos dominios con la espada y no con el cetro: nada hicieron por promover la condicion abyecta de sus vasallos: éstos se encontraban reducidos á la clase de siervos, sin mas oficio que de proporcionar á sus amos contentamiento y plae-

res: sojuzgados por el temor de las armas: agoviados por el peso de las gabelas en la paz, y de las conscripciones en la guerra: ellos, que en lo estenso de sus conquistas se asemejaban á los romanos; no estendian como éstos á sus súbditos los derechos de la ciudadanía; no amalgamaban á todos los pueblos sojuzgados en una sola nacion con derechos é intereses comunes, sino que por el contrario, tenian por bárbaros y estraños, aun á aquellos mismos que estaban dentro del valle y á las puertas de la metrópoli: ésta, el corazon de la vasta monarquía, no tenia simpatía ninguna con el resto del cuerpo político, y era extrajera dentro de sus propios dominios.

„Los aztecas no solamente no fomentaban el adelantamiento de sus vasallos, sino que hasta cierto punto los degradaban. ¿Cómo podia una nacion progresar en el camino de la civilizacion, si se entregaba á sacrificios humanos y además de esto era antropófaga? ¿Cómo se habia de ver por los intereses de la humanidad en un pueblo donde el hombre era nivelado con el bruto? La influencia de los aztecas propagó su horrible supersticion á países en que era desconocida ó en que por lo menos no prevalecia en todo su vigor. El ejemplo de la capital era contagiosa: conforme fué creciendo en opulencia, las bárbaras ceremonias de la religion, fueron creciendo tambien en pompa y terrible grandeza, á la manera que los juegos gladiatorios en Roma, fueron siendo cada vez mas espléndidos conforme crecia en esplendor la capital. Los hombres se habituaban con escenas sangrientas y con las mas horrendas ceremonias. El corazon se encallecia, las costumbres se volvian feroces, y la débil luz de la civilizacion heredada de una raza mansa y pacífica, se debilitaba mas y mas, mientras mas millones de victimas eran encadenadas en las jaulas, inmoladas en los altares y devoradas en los banquetes. Toda la tierra se habia convertido en una vasta hecatomba! Ya se vé, por lo tanto, que el imperio de los aztecas no cayó antes de tiempo.

„Fuese que tan desmesuradas crueldades se tuviesen como justo título para invadir la tierra; fuese que, discuriendo con los protestantes, encontremos ese título en los ultrajados derechos de la civilizacion; fuese que con los católicos romanos, lo encontrásemos en la voluntad del Papa, es inútil discutir bajo qué aspecto se defendia la legitimidad de la conquista por las naciones europeas, ya en Oriente, ya en Occidente; pues lo hemos hecho ver en uno de los capítulos anteriores.

„Es todavia mas interesante investigar, si dando por sentada la legitimidad de la conquista, fué hecha con arreglo á los principios de humanidad, y entonces verémos que por mucha indulgencia que se tenga con la ferocidad de aquellos siglos y con la relajacion de sus costumbres, cualquiera español que ame á su patria, querria de buena gana borrar ciertas páginas de la historia de la conquista de México; páginas en que se recuerdan crímenes que no se pueden

justificar ni con el derecho de defensa ni con la necesidad, y que por lo mismo serán una mancha indeleble. Sin embargo, considerado en su conjunto, desde la invasión hasta la toma de la capital, se verá que la conquista de México fué llevada respectivamente con poca inhumanidad, tal vez con menos que ninguna otra de las que hicieron los españoles en el Nuevo Mundo.

„Poca alabanza me parece el decir que los compañeros de Cortés no usaron de crueldad para rendir á sus miseras víctimas, como sucedió en otras partes del continente, ni exterminaron una pacífica y sumisa población, por mera crueldad absolutamente inútil, como sucedió en las islas. Es verdad también que no estaban contagiados de los feroces sentimientos de su siglo, y que su espada no se manchaba con sangre sino cuando era estrictamente indispensable para asegurar el éxito de la empresa. Aunque en el último sitio de la capital por muy terrible que haya sido, no se puede acusar á los vencedores de desusada crueldad, no han gastado mas que la que su propia nación ha recibido de otras bastante culpas, no solo en los tiempos antiguos, sino en los modernos. Esos desmanes son la consecuencia que inevitablemente se sigue de la guerra, cuando en vez de quedarse ésta confinada en su legítimo campo, se estiende á la parte pacífica de la sociedad, á los campesinos no acostumbrados á las armas, y á las mugeres y niños aun todavía mas indefensos.

„En el presente caso, gran parte de los crueles trabajos que pasaron los sitiados, puede imputárseles á ellos mismos, á su patriótica y desesperada resistencia. Ciertamente que no entraba en los deseos ni en los intereses de los españoles arrasar la ciudad y exterminar á sus habitantes; y lejos de esto, cuando cayeron prisioneros algunos de éstos, se les trató afablemente, se cubrieron sus necesidades y se trató de infundirles un espíritu de conciliación, y todo esto no obstante la negra suerte que ellos reservaban á los cautivos cristianos. Las puertas de la capitulación les estuvieron abiertas á los aztecas, siempre, hasta el último momento del sitio.

„El derecho de conquista supone necesariamente el de usar de toda la violencia necesaria para vencer las resistencias que se opongan á ese derecho, y ciertamente que si los españoles hubiesen procedido de otra suerte, habrían tenido que abandonar la toma de la capital y la sujeción de la de todo el país. Haber permitido que se escapasen los moradores de la capital y su intrépido monarca, habria sido prolongar los males de la guerra llevándola á otro nuevo teatro, tal vez mas inaccesible; de suerte que ellos realmente no tenían otra cosa que hacer si querían que la empresa no se malograra. Si bien se aterra la imaginación al pensar en todos los horrores de la conquista, debemos reflexionar por otra parte, que esto es lo que sucede siempre que se chocan dos grandes masas. Lo excesivo de la crueldad de los conquistadores no

pueda medirse por lo excesivo de los padecimientos del pueblo invadido, y aun es de justicia decir que el brillo y la importancia de las hazañas heroicas de los conquistadores de México, han adquirido cierta triste celebridad que ha realzado sus yerros y crímenes, aun mas de lo que era debido.

„Es justo, pues, como tantas veces lo hemos establecido, que aunque no escusemos sus excesos, juzguemos imparcialmente su conducta comparándola con la de otras naciones en igualdad de circunstancias, y que no la veamos solamente al traves de los males que la guerra trae consigo inseparablemente. Mas no corramos un velo sobre esos males, porque el historiador no tiene por qué retraerse de pintar con sus verdaderos colores las atrocidades de aquellos, cuyos triunfos quiere circundar con una aureola de falsa gloria; pero que rompiendo los vínculos de la confraternidad, han alcanzado sus triunfos armando al hermano contra el hermano, embruteciendo al que ya era civilizado y encendiendo en el seno de los bárbaros, pasiones infernales.

„Pero de cualquier modo que se considere á la conquista bajo el aspecto moral, como proeza militar debe llenarnos de asombro. Que un puñado de aventureros armados y equipados de muy diversas maneras, hayan arribado á las playas de un imperio poderoso habitado por una raza feroz y belicosa, y que despreciando á las prohibiciones reiteradas del soberano, hayan penetrado hasta el corazón del país, sin conocer ni la lengua ni la tierra, sin guía ni brújula que los condujese, sin idea de las dificultades que tendrían que vencer, totalmente ignorantes de si el paso que iban á dar inmediatamente los pondría en tierra enemiga ó en un desierto, caminando en completa oscuridad, por decirlo así; que aunque casi derrotados, en su primer encuentro hayan osado penetrar en el interior del imperio y arrojarle sin vacilar en medio de los enemigos; que lejos de amedrentarse al ver el poderío y civilización de la nación, se hayan confirmado en su primera resolución; que hayan aprisionado al monarca y ejecutado á su presencia y á la del pueblo á sus ministros, que arrojados de las puertas de la ciudad, hayan reunido sus diseminados restos, y merced á un plan bien combinado de operaciones, hijo de la política y de la intrepidez, hayan logrado sojuzgar á la capital y asentar su poder sobre todo el país; que todo esto se haya hecho por un puñado de desvalidos aventureros, es casi un milagro, que seria inverosímil si se contase en un romance, y que no tiene igual en la historia.

„Sin embargo, esto no debe entenderse muy literalmente, porque seria una injusticia hecha á los aztecas, al menos por lo tocante á su fama militar, atribuir exclusivamente á los españoles el mérito de la conquista: para que esto fuese así, seria necesario suponerlos armados del encantado escudo de Ruggiero y de la mágica lanza de Astolfo que derribaba de un solo bote á centenares. El imperio

indio se puede decir que fué conquistado por indios. El primer encuentro terrible y sangriento entre españoles y tlascaltecas que estuvo en el punto de causar la ruina de los primeros, no fué realmente sino el principio de sus victorias. Entonces se ganaron el poderoso apoyo de un aliado al que se refugiaron en la hora de la desgracia, y que sirvió de centro ó núcleo para reunir en rededor á todas las demás razas indígenas, y con las fuerzas confederadas prepararse el golpe decisivo. El imperio azteca ha sido minado y derribado por mano de sus vasallos dirigidos es cierto por la sagacidad y política europea. Si ese imperio hubiese sido compacto, habria provocado y burlado el furor de los invasores; pero tal como estaba, se puede considerar que la capital estaba disgregada del resto del imperio, así es que el golpe que recibió, y que si la hubiese guarecido la lealtad y el patriotismo de todos no la habria conmovido, la sacudió tan violentamente que la derrumbó completamente. Este suceso puede servir de prueba de que un gobierno que no descansa en las simpatías de sus súbditos no puede durar largo tiempo; de que las instituciones humanas, cuando no tienden á la prosperidad y bienestar de todos, tienen de caer por precision, si no por efecto de los progresos de la civilización, por mano de la violencia; si no por causas internas, por esternas. ¿Y quién lamentará su caída?....”

CAPITULO VII.

Desde la caída del imperio azteca hasta el establecimiento del vireinato de Nueva-España.

TORTURA DEL REY CUAUHTIMOTZIN: pacificación de todo el país. Gobierno municipal: expedición á Michoacan: expediciones á otras provincias del país: reedificación de la capital: embajada á Castilla: llegada de Cristóbal de Tápa á Veracruz. Cortés es nombrado gobernador y capitán general de Nueva-España: llegada de Francisco de Garay al río de Pánuco. Defeccion de Cristóbal de Olid: expedición de Cortés á la provincia de Honduras: suplicio de Cuauhtemotzin: disturbios de México: vuelta de Cortés: desconfianza de la corte de Castilla. El gobierno se divide entre Estrada y Sandoval. Cárlos V nombra de único gobernador al tesorero Estrada: Cortés es desterrado de la ciudad de México. Cortés vuelve á España: muerte de Gonzalo de Sandoval: la nueva audiencia de México: Excomulgacion de los oidores de la audiencia: expedición de Nuño de Guzman contra los chichimecas: llegada de Cortés á Veracruz. Llegada á México de los nuevos oidores que debían gobernar la Nueva-

España: disensiones entre éstos y el marqués del Valle. Cortés forma una expedición para hacer nuevos descubrimientos. Expedición de Cortés al mar del Sur.

TORTURA DEL REY CUAUHTEMOTZIN: pacificación de todo el país (1521). El conquistador de México, huyendo del horrible aspecto de su conquista, y del aire apestado que se respiraba en aquel recinto, dejó algunos castellanos para cuidar de la policía de tanto cúmulo de ruinas, y pasó á establecerse con el resto de sus tropas á Coyoacan, hermosa ciudad al extremo de la calzada, situada á dos leguas de México. Habiendo reunido allí á todos sus aliados, les distribuyó el botín hecho en la capital del imperio, sin incluir dos mil cuatrocientos marcos de oro en tejos, cuyo presente envió poco despues al monarca de Castilla. Los indios nobles recibieron las piedras preciosas, las plumas de ricos colores, las telas y los muebles de valor; y los soldados tomaron las capas, las armas y varios objetos de adorno. Cortés colmó de beneficios á todas estas naciones americanas, garantizó su libertad, les prometió tierras y los licenció, dejándoles la libre eleccion de establecerse en la nueva capital. Las poblaciones vecinas á los lagos, quedaron á su disposicion; las empleó en las campañas sucesivas, y le fueron muy útiles para contribuir á la entera sumision del Anáhuac. Al regresar á su país los fieles guerreros de Tlascala, saquearon la hermosa ciudad de Tezcoco y destruyeron una parte de sus edificios. La política de Cortés no fué indiferente á esta barbárie. Era Tezcoco la segunda poblacion del imperio, y la antigua capital de un reino enemigo de los aztecas de tiempo inmemorial. Ninguna huella de la anterior magnificencia del país, debía recordar á los indígenas la independencia que iban á perder para siempre, mediante á que al viejo Anáhuac estaba reservada sin excepcion la suerte de México. En celebridad de la toma de esta última ciudad, fué Coyoacan designada para las fiestas civiles y religiosas. Cortés dió una gran comida á todo su ejército, y como algunos soldados no habian encontrado asiento en las mesas que se habian aderezado, hubo allí confusion y orgía á un mismo tiempo. Bernal Diaz hace un cuadro muy mordaz de aquellos regocijos, en los que no faltaron escándalos de bastante consideracion. Despues de comer se pusieron á bailar los soldados y oficiales, vestidos de punta en blanco, con jóvenes mexicanas casi desnudas. El religioso Olmedo se llenó de indignacion á la vista de tan asqueroso espectáculo, manifestando que no era aquel el modo mas conveniente de dar gracias á Dios por sus mercedes. Al siguiente dia se celebró el triunfo de una manera digna del cristianismo. El padre Olmedo dijo una misa cantada y predicó algunos sermones sobre la moral, despues de los cuales se llevó en procesion la imagen de la Virgen. Todo el ejército